

1541

la Biblioteca Nacional

E-92-
ALBO

El Autor

ALFONSO MORENO MORA

40

ESTUDIO CRITICO

POR

VICTOR MANUEL ALBORNOZ.



Miembro del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, Socio Correspondiente del Centro de Estudios Históricos de Guayaquil, Presidente del Circulo de Periodistas del Azuay, Director de las publicaciones de la Municipalidad de Cuenca.

CUENCA-ECUADOR

1940.

Anotado por el Jefe de Canjes

ALFONSO MORENO MORA

ESTUDIO CRÍTICO

POR

VICTOR MANUEL ALBORNOZ,

Miembro del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca, Socio Correspondiente del Centro de Estudios Históricos de Guayaquil, Presidente del Círculo de Periodistas del Azuay, Director de las publicaciones de la Municipalidad de Cuenca.

CUENCA-ECUADOR

1940.

Obras publicadas por Víctor Manuel Albornoz

POESIA

OJOS EN EXTASIS. Proemio de Remigio Crespo Toral.
LA LLAGA DE JOB.
JARDIN SIN SOL. Prólogo de Remigio Romero Cordero.

CRITICA

FIGURAS CULMINANTES: Luis Cordero, Federico Proaño,
Honorato Vázquez, Miguel Moreno, Rafael María Ari-
zaga, Manuel J. Calle.
RAFAEL VILLAGOMEZ BORJA.
MUY ANTIGUO Y MUY MODERNO: Francisco Patiño
de Lara, Emmanuel Honorato Vázquez. Introducción
de Nicanor Aguilar.
ALFONSO MORENO MORA.

HISTORIA

MONOGRAFIA HISTORICA DE GIRON.
PAUTE. DATOS PARA SU HISTORIA.
FUNDACION DE LA CIUDAD DE CUENCA EN AMERICA.
MOVIMIENTO CULTURAL DE CUENCA DURANTE LA
EPOCA DE LA COLONIA. Prólogo de Nicolás Jiménez.

DIRECCION:

VICTOR MANUEL ALBORNOZ

APARTADO No. 264

CUENCA-ECUADOR

S. A.

ALFONSO MORENO MORA

Viéndolo pasar

La frente en amplia combadura, como dosel imperial para la soberanía del pensamiento; la mirada de terciopelo, perdida para lo circundante, refléjase en el agua desasosegada del cosmos interior; la nariz describe pronunciada órbita a fin de sentirse más apta—igual que en el personaje ingrávigo del Anarkos de Valencia—para aspirar a saciedad lo que vaga en lo invisible; la boca, rendida al peso del canto, semeja rama desgajada de un humilde desaliento propio o de un orgulloso desdén para con los demás.

Las manos patricias, leves, afrenta para los torpes púgiles de hoy, reacias a desbordados ademanes, muestran unciosa actitud de orfebre especializado en primorosas filigranas.

El cuerpo, envuelto en frágil vestimenta, hurta puesto a la mezquindad de la carne, nacida, crecida y nunca muerta para la triste apoteosis del polvo.

Su andar, lento, moroso desapercibido y como fuera de la tierra, tiene laxitudes de viajero fatigado, de peregrino de un país remoto que arrastra la condena de un cansancio sin refrigerio ni final.

El atormentado

Alfonso Moreno Mora—nacido en Cuenca del Ecuador el 25 de Abril de 1890—efectivamente lleva en sí la fatiga de siglos de su espíritu martirizado.

Desde el primer momento de su iniciación literaria ya aparece así: roto para la esperanza, inaccesible a la alegría, sin más carisma que el caminar sin un ápice de sol en el corazón obscurecido, sin más regalo que el de traer para tortura una endecha siempre renovada que, medrando en hondo surco de emoción, le destroza el pe-

cho con las garras de las raíces que se hunden en él para sorber la savia generosa de su dolor.

Su dolor, verdugo que le asesta el hachazo inexorable en lo íntimo del ser. Tan profunda su desgarradura, que llega a conocer, con las lentes de aumento de su angustia, todo el dolor que aqueja a cuanto existe en la naturaleza: lo mismo el de la charca que soporta el peso de la sombra de un sauce, que el de los pájaros que agitan sin cesar el ala; igual el de la carta de amor que cae al suelo para ser pisoteada por el burgués indiferente, que el del agua que tiene que caminar bajo el sol de verano.

Así como hace suyo el dolor del reloj que interrumpe su marcha y el de la piedra golpeada por el martillo, también comprende el dolor de su alma valetudinaria, de sus ideales fracasados, de su vida trunca...

Me estoy muriendo de pena;
tengo un dolor en el alma;
mi dolor es como una
espina.... nó, una daga.

Una daga, ciertamente, clavada en el cerebro, en el corazón, en el espíritu. Una daga que lo mata con nostalgias de imposibles. Una daga, en fin, que de la boca abierta de la herida le hace chorrear inacabablemente el divino licor de la armonía.

Sin lograr darse la medicina, diagnostica su mal llamándolo EL MAL DE OTOÑO, el otoño que para él llega con el primer aletazo del númen.

Su verdadera enfermedad: el ensueño, el vivir lejos de la realidad, en un mundo ilusorio; enfermedad incurable que, dándole ímpetu a la fantasía, le inutiliza en cambio para la economía moral de los menesteres del mundo, este "hospital para los enfermos del alma", que dijo un bardo de su estirpe.

La quimera es el morbo de su pena, que, por eso, en la policromía oscura de sus lacerias, resulta una pena azul, semejante a las llamas de la hoguera que se alimentan de hojas secas: de hojas secas, que, en él, se llaman nostalgias de infinito, recuerdos de lo que se fue.

Para mayor desventura, el sanatorio terrestre en que se aísla sólo consigue agravar sus males, al tullirle irremediablemente las alas, obligándole a buscar alivio en el sedante engañoso y fatal. ¡Invariable afán de permanecer siempre hollando el piso falso de lo irreal!

Se acostumbra a la postura dilacerante, sabiendo que ella es única para los que, como él, traen el luminoso estigma de reconcentrar en sí toda la sensibilidad que la ciencia divina niega a los desposeídos del don de captar y repartir la belleza.

Su lecho de postración moral no le alarma ni le arredra, porque

vivir es ir cambiado de lechos, nada más.

El último, el postrero, el que da un sueño manso, lo hallamos bajo tierra: la tierra es el remanso supremo de la vida.....

Vivir.....morir: identidad, al fin, porque si la existencia es aprendizaje de muerte, ésta, a su vez es pòrtico magnífico de vida. Por eso, Moreno Mora recorre indiferente su senda, sintiéndose hermano de las nubes, de las brisas, de las flores marchitas y deshojadas, de las piedras que ruedan al abismo, de los pájaros que asedian la altura con la flecha de plumas de su parva ascensión.

Floración de ancestro

En su autobiografía lírica y en varios poemas en que, practicando la introspección, describe su niñez o pinta a sus ascendientes, pueden hallarse las características de su temperamento y la génesis de su viaje espiritual.

Con voz reprimida, habla de las DOLOROSAS LEYENDAS DE SUS ATAVOS que quisiera oír las contar al árbol viejo que seguramente las conoce y no quiere divulgarlas. Sin embargo, quién sabe cuántas historias de amores trunco, de ilusiones esfumadas, de vidas deshechas, estarán

palpitando allí, como savia nutricia para los que vienen después.

Evoca a sus abuelos como a personajes de pena hermética. El uno, severo, altivo, amarrado con fuerte nudo al deber, "jamás deja escapar flébil lamento"; la otra, alma de santa, lleva también EN LOS OJOS CONTENIDA UNA LAGRIMA. Ambos, pues, guardan su angustia con las siete llaves del silencio; callan el quejido en que debieran prorumpir sintiendo el hierro candente del dolor, quizá presintiendo que un poeta de su casta lo habría de acendrar para cantarlo con nota lastimera de emoción suprema. Otra faceta singular: la de que ambos ancianos, ablandados por el riego celeste de la oración, aspiren a que sus hijos encuentren el refugio consolador del convento. En los descendientes prima la misma aspiración: van unos al claustro, otros nó; pero en todos hay el mismo fervor recoleto, el ansia de retiro y abstracción, que da a su vivir una celda de estudio, de huraña y recogimiento.

En su padre advierte, así mismo, la tajadura inelmente del corazón, que sangra mientras los labios se pueblan de mudez. Es el estoico, que halla delectación en permanecer tranquilo con el cilicio que le macera el pecho, "sin llorar ni maldecir en los pesares", dedicado solo

a cultivar como una planta viva
el rosal milagroso de la pena.

La madre, personificación de la dulzura, le da el regalo espléndido del ensueño:

¡cuántas veces, dormido en su regazo,
recibí de sus manos una estrella!

Las cualidades del ancestro germinan en él como grano de trigo en tierra ubérrima. El dolor de las generaciones de que procede se infiltra en sus venas, no en violento oleaje, sino en ondas de profunda quietud:

el río de mi pena se remansa
y se tiñe de azul...

La soledad crece en su interior como arbusto que halla expansión a sus raíces. Su alma devota reza «de hinojos sobre pardos terciopelos», no hallando mejor advocación a su culto que la de la Virgen de las lágrimas, la dulce pesarosa que entiende y aquilata sus confidencias. Encuentra hermandad en el jardín «que tiene historia y no presente», tal como su andar desconcertado y vuelto a lo distante. Su oído se agudiza para escuchar complacido el ruido que produce la carcoma al labrar su palacio en los nogales antiguos. El espejo le devuelve su rostro envejecido, que lo mira sin turbarse, pues sabe que copia aquel agobio de los años que no vivió y que pesan en él como dura carga recibida en herencia. Escucha gemidos en el monólogo del viento, en la cancela que entreabre las puertas, en el ciprés inclinado a tierra

en la llamada de los becerros, en el gañir de los perros que con los ojos encandilados ven pasar la muerte. En todas partes le asedia una nostalgia romántica, que le hace escuchar suspiros que lo nombran viniendo del más allá, de lo ultramundano, o de lo más cercano y recóndito de su sensibilidad puesta en puntillas para alcanzar la más alta fronda lírica. Es que siempre conserva a su lado esa SOMBRA AZUL DE POESÍA de que nos habla y que no es sino su propia personalidad reflejándose, inquieta y taciturna, en el escenario del mundo en que ofrece su canción, cónsone a la del ave plañidera que, como él, tiene la

aristocracia impar de la tristeza
que sabe envanecerse en la armonía.

¡Noble orgullo en que el átavo revienta al fin en maravillosa realidad de arte! La lejana siembra de lágrimas da una cosecha milagrosa en que el fruto tiene pulpa de luz y sabor de música que alimenta al alma con hambre de anegarse en deleite espiritual.

El inadaptado

Conoce su superioridad que, por lo mismo que está obligado a mantenerla en las esclusas del convencionalismo, desborda a veces para dar paso a la personalidad en triunfo.

Se revelan en él las cualidades sintomáticas del inadaptado, por más esfuerzos que hace para mantener equilibrio en una sociedad que difícilmente perdona a los que no comulgan con sus cánones.

Quiere asir LA VERDAD DE ALMA Y CUERPO, que en vano buscó Rimbaud. Como en lo espiritual no encuentra vallas, vaga a sus anchas, creando querubines en el cielo y en la tierra; pero tropieza en las sombrías realidades del mundo físico. La odisea del pan es siempre triste, y vese obligado a seguir por los procelosos mares del desencanto hasta hallar una isla de refugio—la Secretaría de la Universidad de Cuenca.

Inconforme con sus obligaciones burocráticas, no halla más remedio que evadirse, en cuanto le es posible, de un ambiente extraño, por disparidad temperamental, a su erranza por mundos ideales.

Su fuga de la realidad resulta evidente. La remuneración que percibe la gasta medroso, con prontitud, en aquello a que impelen las necesidades del hogar o en lo que le urge su ansia de empaparse en lo esotérico. El dinero le molesta, le fastidia. En cambio, atraenle los

catorce paraísos
que olvidar le hacen de las cosas...

Su concepción apartada del utilitarismo—que repugna esencialmente a su aristocracia de arte—le lleva también a un profundo desapego por las doradas vanidades de la nombradía, por la fama que halaga, por la gloria que empieza. No siente comezón de publicidad; entregga sus versos al público de tarde en tarde, cuando la

oportunidad le apremia o le obliga la petición de los que lo admiran.

Produce incansablemente. No hay día que no lea, en la intimidad de la camaradería intelectual, nuevos poemas brotados de sus horas de insomnio; pero ellos rara vez los conserva: generalmente los destruye o se le pierden en el desconcierto de sus horas. Algunas de sus composiciones de mayor aliento—JARDINES DE INVIERNO, VISIÓN LÍRICA....— se salvan merced a la feliz oportunidad de que, cediendo a amigable ruego, son enviadas a certámenes literarios en que obtienen merecido galardón. Algo más, salvado del naufragio, es de hallarlo en revistas y periódicos de difícil búsqueda. Con todo, no habría sino para uno o dos volúmenes de versos, pero de versos exquisitos, dignos de perennidad. A lo que hay que agregar un libro póstumo que tenía en preparación, con el evocativo título A LA SOMBRA DEL RECUERDO. Todo lo demás, lo destruye él mismo, adrede, o se lo arrebató en las encrucijadas del olvido la mano cleptómana de la mala suerte, su eterna compañera.

Para Moreno Mora la creación artística es función obligada, que la practica sin aspiraciones de ninguna clase, con absoluto desprendimiento, como el que en los talleres de estética del mundo no encuentra otra ocupación que más le satisfaga ni que más lo ennobleza.

En la vocación literaria irreductible, sólo allí, asoma fuerte, acentuada, su individualidad. Es un poeta, nada más.

Su abulia le conduce a la neurosis. La disconformidad con el medio ambiente redunda en cierta anormalidad psicológica.

Dentro de sus maneras de gran señor, la displi-cencia se acentúa, tornándose en la hosquedad del incomprendido. A veces, llega hasta la agresividad de que es capaz: una frase hiriente como una daga florentina o, a lo sumo, una leve bofetada que afrenta con su caricia de extenuado marfil.

Cada prejuicio que obstaculiza su paso le hace el mismo daño que el atacrán que hiere a mansalva. Las ideas del vulgo le provocan el mismo asco que un ejército de lombrices. Y, desde su torre en fiera soledad, cada día le parece más grande, más inconmensurable, la grande e inconmensurable estupidez humana.

Con ojos bien abiertos a la quimera, escruta las lejanías de los horizontes perdidos en las brumas de las más inverosímiles ensoñaciones. La diestra siente la fatiga de bajar, uno a uno, todos los luceros atrincherados en la bóveda cerúlea. En su vida, llena de las telarañas del tedio, sólo hay la chispa galvánica del dolor para elevarlo a las sublimes regiones del númen en sagrado arrebató de armonía.

Sus características disímiles, su sensibilidad exacerbada, la curva contradictoria de su alma que busca paz y encuentra inquietud, ese su constante girar en torno de lo que no existe, todo ello, hace pensar en la profunda imagen de Paul Valery: «vivimos a semejanza de una mosca que no puede atravesar un vidrio.»

Tal es también el símbolo que para sí encuentra Alfonso Moreno Mora, con la diferencia de que al insecto del poeta francés lo embellece—según su costumbre—poniéndole alas de zafir.

Mi vida una mariposa . . .
Vida que no realicé,
vida de vivir ansiosa,
y que ansiando la anulé.

Ve o, mejor, presente que, afuera, el sol mañanero inunda los tálamos, enflora los rosales, entibia el agua de los manantiales. Sin embargo, no atina sino con la eterna incertidumbre, sea que atisbe a lo lejos o que quiera lo inmediato:

Adentro, nada hay adentro,
que estoy afuera y no estoy,
y sobre el cristal me encuentro,
y tras el cristal me voy.

Así, en indecisión sin término, en zozobra perpetua, en congoja sin ocaso, la mariposa azul—su vida—practica el deporte del vuelo hasta que un día la encuentran, tal como lo presagiara, muerta, junto al fatídico cristal....

El esteta

Para regalo de compensación a su espíritu en borrasca, Alfonso Moreno Mora recibe inmensa dádiva de belleza, que sabe incrustarla maravillosamente en sus poemas, todos ellos rebosantes de sentimiento, todos ellos decorados con una sombra de tragedia que sólo él logra hallar en lo recóndito de sí mismo. Es un negror fastuoso, de rara severidad de tono, que, al mismo tiempo, muestra la suave elegancia del terciopelo de una clámide principesca.

Desnuda a su alma con aristocracia sin par. Su número, tal vez más por intuición que por deliberado propósito—parece haber recorrido insistentemente por la Hélide gloriosa, por el Lacio inolvidable, de donde trae la perfección de líneas para la estrofa, la expresión nítida para el concepto.

En órbita indeclinable, tiene plena conciencia de lo que le toca hacer. NOSOTROS LOS POETAS—dice altivamente—UNA MISION DIVINA TENEMOS QUE CUMPLIR. Y, consecuente con su inefable credo, se siente y es siempre gran poeta, aún en atmósferas irrespirables para ese dulce empeño, pues, prevalido de su escafandro de pontífice del arte, riega por doquier el óleo consagrador de la gracia.

Su vocación se aprisiona, como una locomotora de gran tonelaje entre dos rieles de acero, únicamente entre las tenazas del canto: de tal modo, que su ética, su psicología, su filosofía, su norma, su derrotero, su trayectoria sólo le impulsan a derrochar el tesoro espléndido de sus versos.

VIVO MI SUEÑO Y MI POEMA LABRO, expresa con explicable delectación. Vivir, soñar, cantar . . . no es para él sino una sola cosa, una comunión dulcísima, una aspiración única, una fuerza incontrastable del destino, un solo mandato de Dios.

En la heráldica del arte reúne todas las cualidades

propias para obtener preeminencia.

El proceso verbal con que alcanza el triunfo de la imposición de su propio sentimiento en el de los otros, procede del fuerte voltaje de emoción que sabe descargar mediante el fluido avasallador que reside en su temperamento.

Sus elementos ornamentales son sobrios, pero bien escogidos. Con delicadeza aristocrática engarza la imagen o el símbolo, que no los quiere extravagantes ni difusos, sino apropiados al objeto, puestos allí como perlas de extraordinario oriente en la sortija de oro de una dama de alto rango y refinado gusto.

Logra dar novedad al tema, que tampoco lo busca nebuloso o abstruso; en verdad, ni lo busca siquiera: le viene espontáneamente, como a su dueño y señor, tal como la oveja se allega al morueco que la sabe amoremcer.

Hábil en la evocación, igual que en la sugerencia, posee un latido vital que no necesita recurrir al artificio efectista de la imprecisión, la incoherencia, la vaguedad. Impresiona, invade el alma del lector y la conquista debido a la persuasión de confianza, que, acaso sin quererlo y traicionando su intento, brota de sus estrofas, todas ellas nacidas de lo íntimo de su ser, pues en Moreno Mora—como declara de sí Goethe—cuanto escribe no son sino dispersos «fragmentos de una gran confesión.»

Su música, deliciosa; pero discreta. No para asordar filisteos, para inebriar a los que saben del secreto y del sortilegio del ritmo. Conoce de su sacerdocio y, así, pondera que

el canto
nos vino de los cielos y que es tres veces santo.

Se postra en el ara augusta de la eterna hermosura, comprendiendo que al officiar los ritos de tan alto culto desempeña un rol de superioridad humana, como si recibiese en la gruta atardecida de su corazón una divina limosna de luz:

milagro es la armonía
como es milagro grande la santa poesía

En los caminos que recorre su intelecto no asoma revolucionario, menos nihilista; pero tampoco acepta ninguna anquilosis mental ni deformaciones en la arquitectura métrica.

Simbolista? Preciosista? Romántico? Acaso lo es todo, en conjunto de cerebro bien provisto e iluminado para las orgias de la imaginación.

Lo evidente es que en él se transparenta el hombre que sabe de la angustia de las caídas, de las tremendas ansias de renunciamento, del querer en vano crucificarse en la superación.

Trae a cuestras un mundo subjetivo, donde reina la obsesión: una obsesión—repetimos—de idealidad, de tristeza, de amor, de todos estos tres elementos, tan confundidos entre sí, tan trezados por la fatalidad, que es imposible separarlos, pues se imponen en su victoriosa trinidad que, en el terreno intelectual de su siembra, produce fruto unigénito de excelencia.

El amador

Exalta a la mujer en forma tal, que no hay compás de análisis para medir la profundidad sentimental con que se lacera en las cosas del cariño.

En él, la mujer es también espejismo, hechizo intangible, concreción de humo, estatua de viento.

Sus figuras femeninas —que no habría cómo decir si son muchas o se resumen en una sola— son figuras

idealizadas, estilizadas: las pinta como las quiere su deseo, haciéndolas trasunto de sus sueños.

En todas las mujeres, o en la mujer que inspira el ritornelo inacabable de su desesperanza, encuentra una tremenda dualidad:

No eres tú la que quiero, no eres tú la que adoro:
mi amada adolescente sigue siéndolo así;
tú eres otra distinta de la que es mi tesoro,
tú vives fuera, y ella vive dentro de mí....

Se evade siempre de la realidad. Ni siquiera sabe si su amada es dulce carne de vida o fantasma ideal. De noche, cree advertir que unos ojos lo ven desde las frondas, y, en vez de rendirse a esa mirada, se refugia más bien en lo espiritual, sin saber a qué atenerse, náufrago en la incertidumbre:

¡Si será su alma! ¡Si ella
se habrá muerto, y cariñosa
los besos que no me ha dado
viene a darme en esta hora!

¡Si fuera su alma....! ¡Si fuera
la traería a la alcoba
y, en la cuna de mis brazos,
la arrullara hasta la aurora!

Confunde lo real con lo sobrenatural. Se sacia con lo que le da la imaginación. Su ósculo es el suspiro que tiembla en su boca; su abrazo; la caricia con que sueña; su posesión, la fiebre en el tálamo de la quimera.

Anula la certeza física:

Anoche estuve pensando
si tendrá en la boca besos....
¿No serán más bien del alma
rosas de pasión y fuego?

Los sentidos no entran en apetito pasional. Para él escribió Góngora la sentencia inapelable: AMANTES, NO TOQUÉIS SI QUERÉIS VIDA. Por eso, por la ausencia de la materia, su idilio se prolonga interminablemente, hasta envolverlo en el dulce engaño de haber llegado a la conquista definitiva: «siendo imposible, hoy eres más mía», exclama en una hora fugaz de consolución. Por el camino del espíritu encuentra lo que busca y codicia. Con las áureas hebras del ensueño teje la fuerte malla en que apresa la verdad, es decir: su verdad.

El hijo

Otra querencia lo estremece con toque delicado: la que ligale con vínculo indisoluble a su madre. Para ella, logra hallar el son de confianza propio al desahogo de las lágrimas:

Madrecita, mi vida
tiene sed de tu amor,
una ansia dolorida,
un secreto dolor.

Su corazón, triste y enfermo, busca ese dulce cabezal donde reclinar la sien taladrada por el infortunio. Se abandona en una saudade que lo vuelve a la ternura infantil, donde la ingenuidad prorrumpe en balbuceos y el corazón abre sus puertas a que lo ore un viento de purificación.

En el poeta se realiza el milagro que quería Páscoli: ser hombre y, al mismo tiempo, ver el mundo con ojos de niño. Siquiera en esos amables momentos, encuentra el remanso, acendra la conciencia y se satura en íntima paz. Torna a oír la canción de cuna que le mimaba blandamente; se siente otra vez el débil pequeñuelo que necesita de quien le enseñe a caminar. Las manos maternales lo acarician y es entonces cuando recibe su ración de estrellas.

Le embarga tan dulce conmoción al retrotraerse al ayer, que, por explicable reacción, quiere prolongar el goce hasta lo infinito, lográndolo mediante la intensidad del ansia que lo conduce al convencimiento. Y es así cómo va a lo ultraterreno, con la certeza de que un día ha de ver a su madre

entre rayos de luz, nubes de incienso,
rodeada de los ángeles más puros....

Por los peldaños de seda de su anhelo asciende a las regiones en que el alma pasca, satisfecha, sintiéndose al fin dueña de sí misma.

El creyente

Si la vida le asecha con una congoja en cada encrucijada, si toda mujer tiene para él—igual que aquella de García Lorca— «una espina en cada ojo», si todo lo mira en torno desteñido y empolvado de tragedia, ¿a dónde evadirse, qué asilo buscar para el hosco retraimiento en que se debate?

La lluvia, que amenaza perpetuarse en su jardín de invierno, le habla, insistente, con voz que le llega a lo hondo, invitándole —con su analogía auditiva— a que,

otra vez, eleve las preces aprendidas en la infancia. Pero su oración ya no es la de antes, tranquila como el agua dormida de la conciencia, sino la que se alza con las manos retorcidas por la tortura de ser hombre y de haber probado las frutas venenosas del mal. Es la hora en que el náufrago busca el salvavidas y trae a los labios la súplica del perdón:

Padre Nuestro, Divino
Padre Nuestro, que estás
en el cielo, el camino
que sigo ¿a dónde va?

Padre, oh Padre Bueno
si no voy hacia Ti,
si me encuentro en el cieno,
¡ten clemencia de mí!

Tan alto eleva su clamor, que éste habrá sido escuchado por la misericordia de Arriba.

Su alma latigueada por el dolor nunca franquea paso al asalto del excepticismo, ni aún de la indiferencia. Por el contrario, el proceso de su fe desenvuélvese inalterable y sin complicaciones: sabe que Dios es bueno, consolador, inclinado a la clemencia; le cuenta sus tribulaciones, habla de sus ternezas, le ofrece lo único que posee, lo único que le fue dado:

Señor, en cada día tengo un nuevo tormento;
pero yo lo bendigo si tu mano lo envía,
y encontrándome frente a tanto sufrimiento,
te ofrezco en holocausto mi gris melancolía.

Su misticismo, suave, resignado, tiene unción de lágrimas y una tendencia irresistible a buscar apoyo en lo espiritual. Clava las pupilas sedientas de paz—la paz que, espera, un día le ha de llegar—en la imagen del Crucificado o en el de su dulce Madre, la gran profesora de angustia que, por serlo, es la que mejor comprende las reconditeces del corazón amargado del poeta.

MARIA ES LA ESTRELLA DEL MAR NEGRO Y ZARCO, se dice a sí mismo, pleno de confianza, tan íntimamente convencido de ello, que no duda un punto que ese lumínar de gracia le guiará en el último día para encaminarle al puerto de salvación.

Como quien entrega todo su tesoro, hace de sus sufrimientos un manojo de lirios que, en ara de sinceridad, lo deposita como fervorosa oblación de su alma.

Jardines de invierno

De ser quien editara los poemas de Alfonso Moreno Mora, al primer volumen pondría este rótulo, apropiado como ninguno: JARDINES DE INVIERNO, título que él da a su obra primigenia—entre las de aliento—, escrita en 1917.

A pesar de que entonces no cuenta sino veinte y siete años de edad, ya exclama con acento sombrío, propio del que, sin poder estorbarlo, se arranca una confesión:

¡Cómo se va uno cambiando!...
¡Qué lejos se queda todo!...
Qué triste es envejecerse,
ay! pobre vida, ay! pobre alma!
Mi juventud se ha acabado....
Tengo un cansancio....

Su juventud— ¿fue juventud la suya?, diríamos parodiando a Darío—intoxicase prematuramente con la droga amarga de la tristeza. Alberga, incontenible, desbordante, el sentimiento de una fatalidad sin caracteres ecuménicos, reconcentrada sólo en él. Y, como es fuerza rendirse a las sollicitaciones de su mundo interno, escribe versos que no son sino la colisión de su temperamento exquisito con la dura realidad.

No desarrolla sino un sólo tema, que lo compendia así:

La vida es triste y es mala.
La vida: un recuerdo, un
amor eterno en el alma.

Dentro de ese círculo dantesco gravitan todas las disconformidades de su existencia: la desgarradura en la garganta armoniosa, el relámpago cárdeno del amor que pasa fugitivo, el vaso de adormideras en las horas de hipocondría, el tábano blanco que le pincha las carnes, los ideales tempranamente embalsamados de sombra, en

fin, sus esperanzas marchitas, sus sueños en derrota, sus insomnios interminables, esas sus lentas agonías sin muerte material.

Todas sus elegías —y son numerosas— participan de las mismas características. Pero, no por ser elegíaco es poeta que prorrumpe en imprecaciones o alaridos, en blasfemias o estertores. Su buen gusto le sirve de alquitara para la expresión de su dolor, que asoma, aunque persistente, elegante, aristocrático, embellecido, ennoblecido. Prefiere los tonos opacos, discretos; no la tupida maraña ni la frondosidad tropical, más bien el jardín señorial de jazmineros y rosales antiguos; no la tempestad que siembra estragos con flamígeras lanzas, sino la lluvia que llora mansa sobre los seres y las cosas en desamparo. Lo terrible del conflicto psíquico retuerce adentro sus raíces, manifestándose en las estrofas sólo la flor delicada cuyo cáliz se inclina mustio desde el nacer. En el poeta se ve al hombre refinado, exquisito, hiperseensible y complejo de este siglo.

Unica preceptiva literaria que practica Alfonso Moreno Mora la que le enseña Francis Jammes: *TU LAISSERAS PARLER TON COEUR*. Deja hablar a su corazón en ruinas, y éste sabe hallar voz de perennidad, porque nunca—entre nosotros—el verso se doró de más tenue encanto, porque nunca—entre nosotros—la lírica enfermó con tan dulce enfermedad de desgarrada melancolía.

Visiones líricas

Otro prisma de su poesía lo muestra en alarde de revestirse con la coraza de la serenidad. Quiere abandonar lo subjetivo, buscando entonces el predominio de lo pictural dentro de la más cuidadosa euritmia. Es la obra, por así decirlo, construida con preferencia arquitectónica, sin que pueda acallar, aunque lo intente, la nota íntima. Responde admirablemente al título que adoptamos, tomándolo de un poema suyo, laureado en 1921, en que resalta la modalidad aquí estudiada.

VISIÓN LÍRICA es magnífica descripción de la escena depresiva de hoy. La humanidad revuélcase en sangre; el cielo apaga sus luceros ante el humo de las usinas; las águilas se incuban en el país del hierro: se talan los jardines; y en las llanuras eglógicas, ante la mirada humedecida de los bueyes, pasa triunfante la máquina hediendo a petróleo. El héroe auténtico ha quedado sólo para los viejos mármoles. La Belleza, la Belleza Suma, va a morir.....¿Será esto posible? No! El poeta se yergue soberbio, fuerte, vaticinador. Por lo mismo que todo está negro y contagiado de miseria, hay que cantar con más brío, con mayor fe. Que sobre la pestilencia de la gasolina flote el aroma divino del verso. La poesía es redención; ella traerá de nuevo a la tierra el imperio del ideal, la doctrina de arte, la religión de ternura, el lazo de caridad, la Belleza, la Belleza Suma, en fin.

Triunfa aquí el cincelador de estrofas, que se propone copiar, en ambiente efectivo, lo que miran sus ojos en pavor; y, paulatinamente, pisando sobre la felpa azulada de su personalidad, muéstrase en toda su apostura espiritual Alfonso Moreno Mora.

Su visión abarca la realidad; pero por debajo de ella, como sustentándola, está la base lírica, la soberbia cariátide formada por un alma que ha recibido sobre sí todo el peso del sacerdocio poético.

Su fuga de lo subjetivo es sólo aparente. Logra, es cierto, copiar cuadros de sorprendente colorido y rara perspicacia realista; pero siempre, al través de todos los disfraces y mientras más procura ocultarla, aparece su alma, su alma de poeta, que si por un momento calla su pena, sobreponiéndose a la intensidad de ella, no puede dejar de indignarse con el espectáculo que la ofende por no hallarse de acuerdo con sus invariables normas estéticas.

Le impresiona cualquier detalle que hiere su delicadeza, su aristocracia mental, hechas sólo para el gesto noble y la actitud gallarda. Así, en los sonetos a Honorato Vázquez —donde hace de éste un retrato moral y físico que tiene las características de lo fotográfico— revienta en cólera y restalla su látigo castigador sobre los que han profanado las cosas del Maestro. No llora por ellas: por encima de su lástima está su ira, viendo la casa convertida en conventillo, la Biblioteca vendida, el Museo en descuido. Quiénes los culpables?

La vida enteca

de este siglo realista, dentro el pecho
no tiene corazón! Sangre reseca
se ha estancado en sus venas: no ambiciona,
no sueña, no idealiza, no blasona....
¡La pobre vida de hoy ya no ama nada!
Se vive libre... ¡al aire! En el estadio
se habla de diplomacia; y en la radio
la mano aplaude la última patada....!

La vida, siempre la vida, causante de todo mal! La escudriña tan a fondo que nunca deja de encontrarle la parte detestable, siendo curioso observar que, no obstante su caminar que parece abstraído únicamente en el ensueño, descubra precisamente el pormenor, lo insignificante, para de ello sacar la consecuencia o razón de su discurrir.

De allí proviene una invencible tendencia al humorismo, que —ya sabemos— persigue a todo melancólico. Su mirar errabundo se hunde, muchas veces, en lo vulgar o en lo grotesco: en la escena de arrabal, en el personaje comido de vicios, en el desgraciado que agoniza solitario en el hospital.

Extrae de esa cantera una filosofía de elegante pesimismo, que no reta a la sociedad ni a los que no la mejoran, limitándose a dibujar una sonrisa irónica, una contracción que no se sabe si es de asco o de dolor.

Tal filosofía, que no se aprende en libros, la encuentra en cambio hasta en los animales inferiores: el perro sensual que halla a su ama siguiendo un camino DE NARCISO NEGRO o el que va a lanzarse contra su presa y de pronto se detiene pensativo, le hacen desear un estudio rápido de filosofía, por lo que —igual que si se tratase de ciertos pedagogos de hoy,— se resuelve a pedir, en vacaciones, un curso de verano a los canes.

Idénticos son para él —lo da a entender en claro símbolo— quienes rechazan el arte y lo combaten, que los mastines de dientes marfilinos y lenguas de rosas: pertenecen ambos a una estirpe insulsa y no tienen más destino que ladrar y morder. Son dignos de suprema compasión:

Qué saben del azur y de la estrella?
Qué saben del laurel y del acanto?
¿De la mujer, la creación más bella,
ni del más bello don, el don del canto?

Su visión lírica es de tal naturaleza que, sea cualquiera el alféizar de la torre desde donde la dirija, siempre halla maneras de embellecer cuanto abarca, bañándolo todo en luz suave y delicada, que no es sino el destello de su pensamiento habituado a transitar sólo por las regiones en que la Hermosura abre sus alas tornasoladas de infinito.

A la sombra del recuerdo

Cuando ve que todo lo ha perdido, en las horas taciturnas de su tarde, vuelve a adueñarse de todo, que no otra cosa es asir el recuerdo para encadenar en él la vida. Bien lo sabe cuando escribe:

En los caminos del alma
lo que vuelve es el recuerdo,
lo que se va, la esperanza . . .

Como las uvas en el lagar, fueron pisoteadas sus aspiraciones; igual que el trigo en la muela del molino, triturráronse sus ensueños; como en tierra de besana, se hundió el arado de la pena clandestina en su corazón; igual que aventar el tamo de las eras, vino el soplo del infortunio a barrer de su alma la espiga de oro de su amor. Todo esto lo comprende, todo esto lo siente en las últimas jornadas de su erranza por el mundo, y, entonces, reaccionando contra el desaliento, alza su andamiaje artístico y con firme trazo escultórico reconstruye el pasado. Vuelve a vivirlo, captándolo fácilmente, pues, con frase de Neruda, "lo pasado ha pasado, pero queda en nosotros hecho sangre". Por eso, para su intento, Moreno Mora no tiene más qué hacer que tocarse la herida nunca cicatrizada: hurgándose, halla satisfacción, y de tal modo vuelve a lo distante que, olvidando las desgracias del presente, vuelve a gozar de las dulzuras del ayer.

Es así como nos deja su libro póstumo: *A LA SOMBRA DEL RECUERDO*, colección de más de cien sonetos, donde su númen regresa al ambiente familiar, recobra el paisaje en que transcurre su infancia, apresa otra vez el espectáculo del campo que sabe ser amigo y confidente.

Fusiona las imágenes o las simplifica como en la rica imaginación del niño que anhela tornar a ser. Unas veces, su abuela, que pasa el tiempo en oración, le parece una enredadera que se empina al cielo; otras, la

casa vieja de la hacienda le da la sensación de que es la misma abuela suya, valetudinaria, sentada entre las flores del jardín.

Recorre la hacienda de uno a otro confin. En la mansión señorial, le atrae la vetustez de la sala en donde la carcoma abre sus túneles; las ventanas antiguas tienen para él un alma acariciadora; en la capilla vuelve a rezar las preces ingenuas de antes; y en las habitaciones penumbrosas y en los claros corredores halla una "paz inmensamente pura", como la que hubiera querido para perenne compañera de su peregrinar.

Con el ansia del ausente que retorna a lo que creyó perdido, busca la presencia de la naturaleza, platica con ella, la vuelve a amar, con un amor que no proviene de las inclinaciones literarias, sino de una reconcentrada ternura filial. Le impulsa una "milagrosa ansia de convivencia con la tierra"; halla en la campiña su centro espiritual y de tal modo se confunde con ella, que no alcanza a distinguir diferencia entre la laguna que duerme su sosiego y el pájaro que despierta a la alegría, entre el rosal que empieza a pimpollecet y su alma que también da la primera flor de la ilusión.

Se siente "una ánfora llena de ternura", "florece mansedumbres su destino" y el sol de esos días le baña con tal lluvia de luz que brotan flores en su huerto interior. Quiere a la vieja hacienda igual que a la nodriza

que arrulla al son de una dulce canción de cuna; encuentra ecos humanos en el gemido del esquivo SOLITARIO que dice su amargura al amanecer; le parece que, en un rito milenario, la tempestad se santigua sobre los altos montes; advierte que, en el silencio campesino, le crece adentro, igual que un arbusto, la soledad en que naufraga; y cuando asciende a las lomas cree que éstas le ofrecen gradería para subir a lo infinito.

Su paisaje no es el paisaje indiferenciado y sin matiz de los antiguos románticos; por el contrario, luce color propio, aunque éste sea gris, en fuerza de la tristeza que reside en todo vuelo nostálgico al pasado, y no se limita a una decoración bucólica convencional, sino que pone el complemento que le da valor definitivo: un alma.

Allí están las planicies y collados de Tarquí, en toda su apesadumbrada belleza, pero allí asoma también un hombre que ve y siente, que ve con la mirada perspicua del poeta y que siente con el corazón que, desde temprano, se nutre de melancolía, de esa "santa melancolía, dulce melancolía, savia del mundo, fuente de luz y de saber", que él alaba con la alabanza del que agradece, desde lo íntimo, la dádiva inestimable de ese supremo don que en la lírica le da las hojas frescas del laurel.

Tránsito al más allá

Un mediodía de este año fatídico de 1940—el 10. de Abril—, en una de esas sorpresas que prepara la crueldad del destino, encuentran a Alfonso Moreno Mora dormido para siempre, sosteniendo la frente adusta en la diestra de extenuado marfil, con los ojos suavemente entrecerrados, como si siguiera soñando todavía.

La espalda adunca no puede soportar más el peso de la vida; se apresura en tal forma el ritmo de su corazón, que éste estalla igual que el caldero de una nave lanzada a toda máquina a través de proceloso mar.

La soledad—que él amara tanto—entorna sus ojos piadosamente, tras el atropellamiento de visiones del instante postrer, en que, acaso, se divisa todo el camino recorrido, al mismo tiempo que se tiembla por el que queda por recorrer. A la mirada turbia vendríanle las imágenes de la madre querida, de la esposa abnegada, de los hermanos en duelo, de los hijos en desesperante orfandad.....La Virgen de las lágrimas—la de su culto de siempre—saldriale al encuentro para conducirlo hacia la paz....

El río de su sangre—tal vez el mismo que circuló por las venas de los antiguos bardos en comunión con los dioses—se abrió en inopinado cauce para desembocar en la ancha bahía de la eternidad. La cal de sus huesos—quizás residuo de estrellas rotas en los dramas de dolor del cosmos—, despojada del triste vestido de carne, preparóse para la resurrección que le traerá de nuevo la codiciada luz.

Lo cierto es que, ahora, desplegadas las alas entumidas que recobran el vuelo congénito, ya está Alfonso Moreno Mora en contacto con lo ultraterrestre. Ya conoce la clave de la andanza y el por qué de la malaventura. Sus JARDINES DE INVIERNO han reflorecido, al fin, con el alba de la nueva primavera que le trae frescor de perennidad. Y su alma, su alma exquisita, ha vuelto a su propia sede: a la de la Belleza, que fue en el principio, que es y ha de ser en lo final.

INDICE

	Páginas
Viéndolo pasar	9
El atormentado	11
Floración de ancestro	15
El inadaptado	19
El esteta	25
El amador	31
El hijo	35
El creyente	37
Jardines de invierno	41
Visiones líricas	45
A la sombra del recuerdo	50
Tránsito al más allá	55